

Desde dentro, desde Dios. Carta Adsis 2010



“Creemos que cada día el Padre nos posee más profundamente y nos hace penetrar en la oración para descubrir el verdadero rostro del hombre (...) Creemos que toda acción revolucionaria del cristiano fragua en la síntesis entre lucha y contemplación: en ésta, la fuerza del Espíritu nos lanza, desnudos de egoísmos, a la presencia activa en la realidad humana, previamente asumida. (Credo Adsis 7).

La Carta Adsis de este año cierra un ciclo de tres cartas, por ello hemos de leerla teniendo en cuenta las anteriores. En el conjunto expresamos lo que buscamos en la vida: *“Ser para los otros” (2008)*, dejándonos interpelar por la realidad de tantos jóvenes y pobres y comprometidos con ellos en una respuesta solidaria. *“Ser con los otros” (2009)*, realizando nuestro servicio desde la comunión y fraternidad, en amistad con quienes compartimos vida y compromiso. *“Desde dentro, desde Dios” (2010)*, viviendo con raíces profundas y configurando nuestro corazón desde Jesús, que nos revela la presencia nutriente de Dios en cada persona.

Un terremoto que remueve nuestros cimientos

En los primeros meses de este año todos hemos seguido por los medios de comunicación, y algunos directamente, los devastadores terremotos de Haití y de Chile. Desde este último país, donde Adsis está presente desde hace 20 años, hemos ido recibiendo testimonios de primera mano que nos hablan del dolor de los damnificados y de las iniciativas solidarias que se han multiplicado. Son acontecimientos que nos han impactado y removido a todos.

Los hermanos y amigos de allí nos han ido compartiendo también la rica experiencia interior que han vivido en las semanas siguientes al siniestro, cuando el corazón se va serenando y la mirada adquiere profundidad: *“¡Cuánto nos cuesta aceptar que somos frágiles, que podemos estar en una u otra cara de la moneda en cualquier momento!”. “Estoy segura de que a partir de este desastre nos empezaremos a reconstruir como mejores personas. Realmente fue espantoso. Pero ahora la gente habla con su vecino, se reúnen para ayudarse y sentirse acompañados. ¡El individualismo se borró con el terremoto!”. “Este terremoto nos ofrece una oportunidad única: transformarnos cada uno en lo personal, abriéndonos al otro... para recuperar lo profundamente humano que hay en cada persona”.*

En el camino de la vida las experiencias límite “nos despiertan” a lo que realmente es esencial y “nos mueven” a la solidaridad. Nos hacen más capaces de una mirada interior y nos llevan a preguntas de fondo: ¿Quiénes somos y adónde vamos? ¿Qué sentido tienen mis afanes cotidianos? ¿Sobre qué cimientos sostengo mi vida?... Son cuestiones que en circunstancias normales solemos acallar, entretenidos en la persecución de logros inmediatos y adormecidos por el disfrute consumista. Pero son preguntas necesarias. El terremoto de Chile nos remueve y cuestiona nuestros propios cimientos. Decía uno de los testimonios que hemos recibido: *“Yo deseo fervientemente que esta experiencia no nos deje iguales. Que no sólo transforme la estructura geográfica, sino nuestras propias estructuras personales, sociales y culturales”.*



La presente Carta Adsis quiere alentar justamente a esa necesaria construcción interior. Porque los contextos exteriores son cambiantes e inciertos. Porque sólo quien crece “desde dentro” puede regenerarse después de sufrir experiencias límite. Porque sólo quien desarrolla raíces profundas puede sostener su vida y ofrecerla a otros. Y porque, seamos conscientes o no de ello, nuestra fraternidad y solidaridad nacen de una fuente interior de vida y amor cuyo manantial es Dios mismo.

Necesitamos de raíces profundas

En general quizá vivimos demasiado dispersos, atareados, aturdidos, despistados de los “porqués”, con poco silencio y hondura vital. Es fruto del régimen de vida de nuestras sociedades occidentales, que priman la productividad para el lucro, el activismo y el consumo compulsivos, la imagen y la apariencia social. Esto nos puede llevar a sentirnos huecos y extraños a nosotros mismos, faltos de raíz y consistencia interior.

Sin embargo el silencio, la reflexión, la mirada contemplativa, son necesarias en toda persona para poder apropiarse de su vida y orientarla consciente y libremente. Como los árboles, las personas tenemos necesidad de raíces profundas de las que depende nuestro crecimiento y consistencia, de lo contrario nuestra vida fácilmente se agosta y queda excesivamente expuesta a los cambiantes fenómenos externos.

Estamos llamados a crecer en densidad interior, a desarrollar más nuestras raíces. En nuestro interior hay un pozo abundante del que sacar vida. Estamos llamados a entrar en él sin miedo. Así acrecentaremos la conciencia de nosotros mismos y orientaremos mejor nuestra vida. Para ello necesitamos desarrollar la capacidad de escucha y diálogo interior, en silencio y soledad, sabiendo recogernos para luego desplegarlos mejor con toda nuestra riqueza personal. Auscultar nuestro corazón para discernir y dar consistencia a los valores y amores que habitan en él, es capital para orientar nuestra vida.

En todas las épocas el hombre ha sentido la necesidad de conectar con su yo más profundo y de adentrarse en el misterio de su propio ser, del mundo y su historia. Hoy emerge en el mundo occidental una nueva búsqueda espiritual. Crece la convicción de que para responder a tantas situaciones personales y sociales no es suficiente la ciencia y la técnica, el consumo y el entretenimiento, sino que necesitamos una nueva conciencia de sí y una nueva vivencia de la alteridad, pues desde los otros y desde el Otro es como nos podemos encontrar a nosotros mismos.

¿Qué nos sostiene y alimenta a nosotros?

Hay personas que conociendo y valorando la entrega solidaria que se desarrolla desde comunidades Adsis, nos preguntan a veces por “nuestro secreto”. Se refieren a lo que nos hace permanecer en el servicio más allá del propio interés o bienestar individual; lo que hace posible nuestra fraternidad más allá de las diferencias de carácter u opinión; lo que nos sostiene en el compromiso con los jóvenes y los pobres como una opción de vida, más allá del desgaste, los éxitos o fracasos...

Es como si nos dijeran: ¿Cuál es esa fuerza secreta que os mueve a ser y actuar como Adsis? ¿De que fuente interior bebéis para permanecer en la entrega? La respuesta es sencilla: nuestro secreto es el Espíritu de Jesús y nuestra fuente es la espiritualidad Adsis.

La espiritualidad Adsis se configura desde la fe cristiana con algunos acentos específicos: la realidad que viven los hombres y mujeres de nuestro tiempo, la presencia del Espíritu de Jesús como corriente de vida en la historia, el Reino de Dios como proyecto fundamental para una humanidad nueva, la opción preferente por los jóvenes y los pobres, la presencia como fermento de un estilo de vida compasivo y solidario, la fraternidad como don y tarea en la Iglesia y en el mundo, la identificación y la encarnación entre el pueblo sencillo, la escucha y la contemplación como actitudes permanentes, etc.

Es una espiritualidad que expresamos en el Credo Adsis¹. En él decimos, entre otras cosas, que es Dios, el Padre de Jesús y Padre nuestro, el que cada día nos ofrece un corazón nuevo y un espíritu nuevo. Es quien, al encontrarse con nosotros en la intimidad de la oración, nos desvela la dignidad de toda persona y su sueño del mundo como mesa compartida de hermanos. Nos libera de los egoísmos y apariencias que desfiguran nuestro ser más verdadero y nos lanza a la presencia fraterna y solidaria. Es su Presencia, acogida en la interioridad, la que nos capacita para hacernos presentes en el mundo como Adsis. Prolongamos así la cercanía liberadora de Jesús hacia toda persona.

El "secreto" de Jesús

En Jesús nosotros descubrimos una integración plena de las tres dimensiones que en Adsis queremos vivir: servicio, fraternidad e interioridad. Jesús vive para los demás, haciendo comunidad con sus discípulos y en íntima relación con el Padre. Busca igualmente la acción, la relación y la soledad. Desde el servicio vuelve al compartir con sus discípulos y vuelve a la oración. Desde el encuentro con los discípulos, consigo y con su Padre, discierne y proyecta el trabajo. Desde el silencio piensa en todos en diálogo con el Padre, para salir a la acción y relación lleno de amor.

En el Evangelio vemos cómo Jesús despliega una actividad intensa y unas relaciones profundas y abiertas a todos; una acción e interacción enmarcadas en su constante vínculo con el Padre. Con Él, lleno de su amor, mira la realidad del hombre y se siente impulsado a seguir sanando y anunciando. Así vemos también a la primera comunidad cristiana según el Nuevo Testamento: la oración forma parte de su cotidianidad y de modo especial ante cualquier decisión importante.

Toda la vida de Jesús revela este "secreto"²: su íntima relación con Dios Padre, su experiencia del amor del Padre con quien comparte el mismo amor hacia nosotros. Su corazón está habitado por una gran pasión: que todos vivamos como hijos y hermanos, haciéndonos saber el amor incondicional que el Padre nos tiene, e invitándonos a vivirlo para llenar así nuestra vida de una alegría y paz crecientes, de una dicha que nada ni nadie nos podrá quitar. Desde ahí nos invita a ser personas nuevas, fermento de un mundo nuevo, portadoras de luz y sal, que iluminan y dan sabor a la vida. La vida de Jesús manifiesta una honda y constante compasión para con los más pobres y sufrientes. Con su actuar sana, consuela, impulsa..., Él ha venido para recuperar, liberar, salvar y dar vida abundante. En su interior hay una gran libertad para amar, para entregarse y engendrar vida.

En su enseñanza se dirige al corazón, invitando siempre a la libertad y al amor. Coloca a la persona en el centro y se fija en la autenticidad escondida tantas veces en lo humilde; denuncia la hipocresía e invita a preocuparse no por lo externo y

¹ El texto del que llamamos Credo Adsis esta accesible en www.adsis.org/cred_o.php. Lo que comentamos aquí se refiere especialmente al punto 7, recogido al inicio de esta carta.

² Algunos textos del Evangelio con los que puedes profundizar y "adentrarte" en este secreto de Jesús: Mt 5, 1-16; 11, 25-29; Lc 11, 1-9; 12, 22-32; 15, 1-32; Jn 4, 1-26, 13, 1-17, 15, 1-17.

aparente sino por lo que sale del corazón... ¿Y que sale de su corazón? Su vida y sus palabras nos muestran las entrañas misericordiosas del Padre. Acoger esta cercanía entrañable de Dios, vivirla como el gran don que siempre recupera nuestra dignidad, y ofrecerla a los demás, es lo que nos permite permanecer confiados en la entrega y en la esperanza.

Si conocieras el don de Dios...

Como a aquella mujer Samaritana, junto al pozo de Sicar, Jesús nos dice hoy: *“Si conocieras el don de Dios...”* (Jn 4, 1-42). Él viene a todos nuestros pozos y se nos presenta humilde y cercano, queriendo compartir nuestras necesidades y búsquedas, allí dónde estamos tratando de saciar nuestra sed. Él sabe de nuestros amores, conoce los movimientos de nuestro corazón anhelante, de nuestras ilusiones y fracasos... Y ahí, a nuestro lado, nos ofrece un amor mayor, un don mayor: el don de Dios, el don de sí mismo.

Es posible que algunos de nosotros estemos buscando en lugares inadecuados vivencias más tangibles y resultados más inmediatos, tratando de controlar más la vida y dejando de construirla interiormente. Jesús sigue siempre a nuestro lado invitando, con mucho respeto y claridad, a ser hombres y mujeres nuevos, según su Buena Noticia, su Evangelio; proyecto de dicha y bienaventuranza.

De la mano de Jesús podremos ahondar dentro de nosotros e interpretar la verdad de nuestra vida con entera confianza. Podremos gozar del encuentro con Dios Padre y experimentar una nueva plenitud regalada. Podremos experimentar su Espíritu como el mejor impulso de nuestro espíritu. Nuestro corazón dará un vuelco, nos sentiremos colmados de amor gratuito y no podremos más que irradiarlo y contarlo con nuestra vida.

Desde el Espíritu de Jesús que nos llamó a ser Adsis, estamos convencidos de que junto a tantas iniciativas y proyectos solidarios (para los otros) estamos llamados a ofrecer cada día más y mejores ámbitos de encuentro y amistad (con los otros) y de cultivo espiritual (desde dentro, desde Dios).

Con mis mejores deseos, un saludo fraterno

Gonzalo Espina Peruyero
Moderador General Adsis

Sugerencias para la reflexión personal y compartida:

- *¿Qué ideales, amores, certezas, esperanzas... habitan en nuestro corazón? ¿Cómo cultivamos nuestro interior? ¿Cómo cultivamos nuestra relación con Dios?*
- *¿Qué aprendemos de la interioridad de Jesús? ¿Qué descubrimos más valioso en la espiritualidad Adsis?*
- *A partir de esta carta ¿qué mejoras podríamos impulsar en nuestra vida, en cuanto a unir interioridad, fraternidad y compromiso solidario?*
- *Te invitamos a enviar algún comentario o aportación en relación con lo que te ha suscitado esta carta a moderador@adsis.org. Serán muy bienvenidos.*